

Javier Hernando Carrasco

CONTRA EL DOCUMENTO. APUNTES PARA UNA METODOLOGÍA DE LA CRÍTICA DE ARTE

Parece absolutamente lógico que las ciencias sociales basen sus investigaciones y establezcan sus especulaciones a partir de informaciones empíricas. Dichas informaciones constituyen la documentación que sólo en determinados casos se encarna en textos particulares custodiados por bibliotecas, hemerotecas, archivos o centros de documentación. La base de trabajo de muchas disciplinas puede hallarse muy alejada de ese documento convencional; su carácter puede ser asimismo muy amplio: desde los objetos o restos materiales de diverso tipo hasta la transmisión oral. Documentos al fin y al cabo que exigen, como cualquier otro, una atenta disección para que las interpretaciones derivadas de los mismos se aproximen lo más posible a su verdadera naturaleza.

La Historia del Arte es una vasta disciplina, consolidada en el siglo XX y que cuenta con numerosas divisiones o géneros. Aunque su base esencial de análisis es el objeto artístico, también debe hacer uso de otros recursos documentales que se intensifican de manera progresiva con la lejanía del horizonte cronológico de los objetos analizados. De forma inversa, su aproximación a la actualidad de la creación artística implica un debilitamiento de aquel instrumento, si exceptuamos, naturalmente, el propio objeto artístico. Cuando el análisis artístico se refiere a la realidad del momento casi siempre pasa a ser protagonizado por uno de sus géneros más característicos: la Crítica de Arte, un género nacido con la contemporaneidad para responder a la simultánea construcción del concepto de Arte que hasta entonces no había sido perfilado de manera clara. Sólo desde mediados del siglo XVIII quedaron establecidos los fines y hasta las condiciones materiales del Arte: la belleza, plasmada en los diversos medios, fundamentalmente la pintura, la escultura y el grabado. El Arte comenzaba a ser un objeto para el disfrute del espíritu. Su nuevo carácter público (exposiciones temporales y permanentes) contribuyó a alentar la nueva disciplina: el espectador tenía todo el derecho a expresar sus opiniones de las obras contempladas y la prensa (diaria y periódica) daría de inmediato cobertura a dichos comentarios.

En sus inicios la Crítica de Arte fue concebida como una simple expresión sentimental del espectador -así lo hizo por ejemplo Baudeilaire, uno de los más insignes representantes de la Crítica del siglo XIX- pero

con el tiempo iría “profesionalizándose”, lo cual implicaba además de una creciente demanda, un convencimiento de que el análisis artístico iba más allá de aquella exteriorización escrita de los sentimientos provocados por las imágenes. De ese modo la Crítica de Arte adquirió un componente pedagógico esencial, ya que una de sus funciones preeminentes era la de explicar una obra para lo cual era necesario poseer un conocimiento tanto de la propia práctica artística cuanto de los significados a los que aludían aquéllas, de modo particular en una época dominada por la pintura y escultura “literarias”. Pero además el crítico debía poseer una sensibilidad pareja a la del artista; sólo así sería capaz de extraer el verdadero sentido de las obras; leer más allá de la superficie.

A pesar de su pertenencia a la Historia del Arte, este nuevo género comenzó a ser colonizado de una forma casi absoluta por los creadores literarios, que tomaban la obra como punto de partida para una especulación personal casi siempre alejada de las verdaderas intenciones del artista. Una práctica que se prolongó hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX, momento en el que comenzaron a aflorar a la Crítica de Arte autores procedentes de la Historia del Arte, también de la Estética, dando un giro considerable a la concepción de aquélla. Si los historiadores del Arte no penetraron en este territorio, y aún hoy continúan haciéndolo en escaso número, es porque la Historia del Arte ha permanecido hasta hace poco tiempo bajo una concepción hegeliana que implicaba el convencimiento de la crisis, de la muerte del Arte, más allá del siglo XVIII. No había pues razón para interesarse por unos productos que sólo eran residuos de una decadencia irrefrenable. Hoy la Crítica de Arte está mayoritariamente asumida por autores procedentes de los dos territorios citados. Los segundos ubican las obras objetos de su atención en un marco filosófico genérico, mientras que los primeros prefieren insertarlo en el histórico, atender más a sus evidencias formales y extraer los significados a partir de la orientación que cada artista les atribuya.

Si algo caracteriza a la Crítica de Arte es la precipitación, en el sentido de que el juicio acerca de un determinado trabajo debe emitirse con premura -no hay que olvidar que su soporte fundamental es la prensa y también los catálogos de exposiciones que también imponen plazos de entrega breves- lo que le aleja en este sentido de la reflexión de la Historia del Arte, elaborada con absoluta parsimonia y tras la reiterada consulta de textos y documentos de todo tipo. La inmediatez exige elevadas dosis de intuición, pero también de sentimiento apasionado, algo que ya apuntó certeramente Baudelaire, frente a la exploración más alejada de los hechos y las formas de la Historia del Arte. La Crítica de Arte es por

tanto juicio precipitado, lo cual no le resta valor, ya que si el sujeto que la protagoniza compatibiliza con esa pasión señalada un profundo conocimiento de la teoría y praxis artística de la contemporaneidad, el resultado es tan fiable y probablemente sea tan atinado como el de un juicio emitido muchos años después de la elaboración de la obra. Además ofrece el significativo añadido de encarnar un punto de vista coetáneo al del creador, es decir una interpretación generada en el otro lado de la creación: en el del contemplador que vive las mismas circunstancias del artista, mientras que en los juicios de la Historia del Arte el marco histórico de creador y crítico se hallan muy distanciados y por tanto ese condicionamiento “de época” que marca la actividad de cualquier individuo condiciona la mirada del crítico. Por otra parte el crítico de Arte apenas dispone de documentación que pueda orientarle en sus interpretaciones, más allá de la producción bibliográfica que sobre un artista y sobre las tendencias en la que pueda inscribirse existan o la propia información que pueda transmitir el autor. Sin embargo ni una ni otra serán esenciales; la primera porque cuando el crítico aborda una obra reciente lo anterior sólo es una referencia cuya importancia dependerá naturalmente de la idiosincrasia de cada artista -existen artistas que tienden a mantener contenidos y formas, mientras que otros cambian con frecuencia ambos parámetros- ; la segunda porque en términos generales las previsiones del autor suelen quedar sobrepasadas por las formas y por tanto también él deberá desentrañar su propia obra. En definitiva ni la documentación escrita ni la oral son unos soportes fiables para el crítico. Es por ello que éste debe enfrentarse al juicio con su casi exclusivo conocimiento y percepción; así la Crítica de Arte es una disciplina que se manifiesta implícitamente contra el documento.

Pero esta autonomía del juicio no quiere decir que el crítico explique el objeto artístico como algo aislado. De manera implícita debe considerar el marco sociocultural donde tiene lugar el hecho artístico que da lugar a la producción objetual. Incluso diría que es necesario insertar el trabajo específico que sea objeto de su atención en el ámbito diacrónico del propio artista y también en la propia trayectoria del arte contemporáneo. Dicho en otros términos no existe obra alguna desconectada del elenco artístico global, pese a que todavía en nuestros días muchos artistas arrastran ese tópico nacido durante el romanticismo de la originalidad, encarnación al propio tiempo de la idea de genio. El crítico no debe dejarse seducir por esa a todas luces falsa idea. Por eso el punto de partida de su trabajo consiste en ubicar implícitamente el trabajo en el vasto magma de las tendencias acumuladas a lo largo del siglo recién culmina-

do.Cuáles son los propósitos conceptuales y formales que parecen desprenderse de la lectura de la obra serán los siguientes pasos que permitirán comenzar a desarrollar el análisis.

Frente a la práctica periodística de interrogar al artista acerca del sentido y significado de su obra, el crítico debe abordar el análisis de la misma desde una estricta autonomía, debe interrogarla, basándose en una lectura formal de la que extraerá, sin condicionantes previos, su propia interpretación. Pese a la urgencia señalada, que en mayor o menor medida, afecta al ejercicio crítico, existe un proceso de reflexión que tiene lugar en un segundo momento, mientras se acomete la escritura, o sea, lejos del lugar de contemplación. Es precisamente entonces cuando las imágenes grabadas en la memoria, refrescadas casi siempre por las reproducciones fotográficas de las que el crítico suele disponer, tiene lugar el verdadero desentrañamiento de las obras, es entonces cuando la suma de percepciones visuales se transforma en conocimiento. El crítico aúna los conceptos disgregados en las diferentes unidades de la producción del artista, resumiéndolos, profundizando en ellos, extrapolando sus contenidos a estados o situaciones que van más allá del hecho artístico mismo para poner en evidencia que el discurso artístico no se distancia esencialmente del resto de las especulaciones intelectuales provenientes de otras disciplinas.

La inmediatez de la Crítica de Arte, su abordaje directo de la obra, la inexistencia de esas fuentes documentales presentes en el resto de los géneros de la Historia del Arte, le otorgan una indudable frescura, un valor que asume obviamente riesgos en mucha mayor proporción que sus compañeras de disciplina. Porque las circunstancias personales, además de las ambientales, inciden de una forma más intensa en el resultado de la crítica; porque el grado de subjetividad -presente en cualquier actividad- se intensifica en esta práctica. Por todo ello los juicios de la Crítica de Arte adquieren el valor suplementario de la cercanía, de la vivencia a veces literal del proceso de creación, algo que la Historia del Arte, al analizar obras y procesos lejanos en el tiempo, no tiene posibilidades de realizar. El crítico a menudo contempla las obras en el propio taller; obras a veces inacabadas o que sugieren al artista modificaciones tras el cambio de impresiones con el crítico.

Los valores y caracteres señalados son patrimonio común de todos los críticos, con independencia de su particular orientación. Y no me refiero con ello a los perfiles ideológicos, ni siquiera a los del gusto, sino al enfoque alimentado por la procedencia intelectual del autor. Tres son, como apuntaba con anterioridad tales procedencias: la Historia del Arte,

la creación literaria y la Estética. Para la Crítica de Arte orientada a partir de la primera es substancial contextualizar la obra, así como remarcar las características formales de la misma. A partir de ahí el crítico revelará los significados y desplegará su discurso en busca del desentrañamiento del sentido final de la obra. La segunda tiende a extrapolar de manera bastante inmediata los ejes del discurso plástico, convirtiéndose en materia poética lo atisbado en las obras. Finalmente la Estética tiende a elevar al mundo de las categorías filosóficas los indicios o las evidencias presentes en la obra plástica. Aunque cada una de las posturas conlleva un interés indudable quizá la primera intensifique su esfuerzo en la explicación de la obra, y en este sentido busca una orientación más pedagógica que las otras. Sin embargo en cualquiera de ellas el espectador (devenido lector) hallará numerosos auxilios o propuestas con las que podrá medirse, pues esta última situación: la de verse contrastado de manera inmediata y repetida, es asimismo propio de esta disciplina.

Frente a la investigación exhaustiva de los documentos que corroboran datos y sugieren pistas interpretativas para el historiador del Arte, el crítico se enfrenta a la obra absolutamente despojado de instrumentos auxiliares; sólo su propio bagaje y la capacidad de lectura de la obra. Y sin embargo la Crítica de Arte es un método de conocimiento que tiene la credibilidad, como en cualquier otra disciplina, del que lo lleva a cabo. El crítico sustituye la condición de investigador, en el sentido de revelador de algo oculto, por la de intérprete. En cierto modo también es una investigación la plasmación con palabras de los significados enredados entre las imágenes; también es necesario penetrar en los intersticios de la obra para descubrir los mensajes que sutilmente envían los creadores. En realidad el crítico es alguien que desvela misterios que quizás el artista querría que permaneciesen protegidos, camuflados bajo los signos plásticos. Por eso a tantos artistas no les resulta gratificante este desvelamiento. Tras éste sin embargo no se quiebra la poética de las imágenes, simplemente se saborean con mayor delectación.